

SABER VER

-¡Idiota!

Corría todo lo que podía, pero sabía que nunca sería suficiente. No quería mirar atrás, pero sabía que le seguían. Efectivamente, perdió la concentración y cayó, rodando sobre un costado. Una mano como un ladrillo, perteneciente a un chaval como un armario, le agarró de la capucha y le levantó de las sucias baldosas.

-¿A dónde ibas?

Risas. Bofetón. Patada. Otro bofetón.

-¿Acaso huías? ¿Ibas con mamá?-inquirió burlonamente un chico pelirrojo. Era canijo y escuálido pero, quién sabe cómo, se había ganado el respeto (más bien la devoción) de los demás matones, que lo habían convertido en su jefe. Era, de hecho, el jefe de todo el instituto. El resto de canallas se rieron y le rodearon, sonriendo como hienas, aunque Arthur estaba seguro de que en verdad no les hacía tanta gracia.

Le vaciaron la mochila, le rompieron unos deberes y se quedaron con unos bolis. Arthur les dejó hacer. Sabía que era lo mejor que podía hacer. Cuando se cansaron se fueron, satisfechos. Recogió sus cosas y se dirigió a su casa. Ya había intentado reaccionar antes. La primera vez le metieron la cabeza en el vater del instituto. La siguiente le pillaron los dedos con la puerta. En conclusión, pensaba, era mejor no intervenir.

Arthur volaba, sentado a horcajadas sobre un dragón de un rojo deslumbrante. Llevaba una brillante armadura, que le lanzaba alegres destellos al sol. Reía y le gritaba al viento, emocionado. Hacía mucho que no se sentía así. Así de vivo, así de poderoso. Miró abajo y vio a la pandilla, con Abel al frente, acosando a un pobre niño. Dirigió a

su montura hacia allí y le dio su merecido a aquella horrible cuadrilla. Ayudó al niño a levantarse y les dijo adiós, sonriendo orgulloso... Entonces abrió los ojos. Estaba en clase de historia. Es más, seguía en clase de historia. Ya había entregado la redacción, la misma que tuvo que volver a hacer ayer gracias a aquellos cobardes, con un nuevo bolígrafo que había tenido que ir a comprar. Aún así aquel día se convenció de que había tenido suerte. Sólo había recibido una colleja y se había quedado sin almuerzo, aunque había llevado otro bollo, que había devorado en una cabina del baño.

Al día siguiente, Arthur vio a Abel y dos de sus secuaces en la zona de taquillas. Se mantuvo tenso, creyendo que le habían visto. Al descubrir que se equivocaba, suspiró aliviado. Algo alto. Quizá demasiado. Abel se giró lentamente con su gran sonrisa de tiburón, como si verle fuese la mejor parte de todo el día.

-¡Hombre, pingajo, tú por aquí!- le increpó. El pasillo estaba desierto. Solo una hoja a cuadros se mecía suavemente en su trayectoria hasta el suelo. Arthur se giró lentamente, como quien no quiere provocar a un gran felino. Y echó a correr. Más que correr, volaba, sentía que casi no rozaba el suelo. Iba tan deprisa que casi temió que se le enredasen las piernas. Pero, al fin y al cabo, ya estaba acostumbrado. Algo duro le golpeó en la nuca. Se desplomó y se frotó el cuello, mareado. Un borrador. Arthur prefirió no imaginar de dónde lo habían sacado. Y lo mismo de siempre: burlas, insultos y humillación. Arthur se sentó a esperar, fingiendo indiferencia para no sentirse tentado de deshacer en lágrimas el nudo que le oprimía la garganta. Cuando al fin se hubieron cansado, se levantó.

-¿Me puedo ir ya?-preguntó con sarcasmo y fingida desenvoltura.

-Si, por supuesto-replicó Abel. Y advirtió- Pero no te pases de chulo, ¿eh?

Y Arthur caminó, arrastrando los pies, lejos de aquel infierno. Aunque sabía que, por mucho que se alejase, nunca acabaría. Pero algo le hizo detenerse en el umbral.

-¿Querido?- le llamó Abel.

Arthur se giró, harto.

-Te olvidabas tu mochila...-dijo tendiéndosela. La cogió, intentando que no le temblase la mano. Luego observó una vez más, desconfiado, aquella sonrisa de tiburón y echó a correr. Llegó a su casa, se sentó en la cama y se rodeó el torso con los brazos, abrazándose. Lo hacía más a menudo de lo que le gustaría admitir. Pero era comprensible. Al fin y al cabo, ¿quién le abrazaría si no? Así sentado, cerró los ojos y no pensó en nada. Trató de olvidarlo todo. Todo. Sin poder evitarlo, su mente le refugió en su imposible mundo fantástico. Esta vez se encontraba en una pacífica selva. No había ruidos ni música, tampoco silencio. Solo estaba él. Se tumbó sobre la gran hoja de una exótica planta y acunado por el viento, se quedó dormido...

Muchas personas no entenderían la situación de Arthur. Pensarían: “¿Por qué no dice nada?”. O: “¿Por qué no les planta cara? O, incluso: “¿Por qué se imagina historietas como un niño pequeño?”. Y muchas personas contestarían que quizás no tiene padres, le han amenazado o que es realmente cobarde. Pues aquí debo aclarar que ninguna respuesta es correcta. Porque no hace falta nada de eso. Es cierto que es difícil, pero si logras ponerte en la piel de Arthur, te sentirías fatal. Realmente fatal. Destrozado, ninguneado, alicaído, atormentado, solo, dolorido, desgraciado, roto... Arthur era un chico normal. En primaria siempre había caído bien entre sus compañeros. Era de mediana estatura, delgado y piel clara. Tenía el pelo oscuro y algo largo, con un precioso flequillo sobre las cejas que apartaba constantemente. Sus ojos eran muy azules, enormes y con largas pestañas. La nariz era pequeña y chata, y la boca

diminuta era de un rosa muy pálido. Su tez era delicada y blanca, como de plumas, pero alegres pecas aparecían bajo sus magnéticos ojos. Era un chaval de confianza, estudioso, divertido, empático... Pero se le estaban quitando todo. No quería contarle por miedo, pero no solo miedo a lo que le pudieran hacer, sino por su miedo irracional a que los adultos no solucionasen nada, solo lo estropeasen más.

Sus padres le querían, vaya que le querían. Simplemente, pasaban poco tiempo con su hijo por motivos de trabajo. Y, al igual que algunos adultos, no sabían ver. No sabían ver el sufrimiento de Arthur, no sabían ver la bajada en las notas, ni los hematomas en sus piernas. Aunque él tampoco se lo ponía nada fácil.

Y así pasó el tiempo y todo seguía aparentemente igual. Sufría enormemente, pero se contentaba con sus pequeños sueños e ilusiones, en las que él era el protagonista. Podía ser lo que quisiera: un salvaje hipogrifo, un afable sombrerero, un elfo alado, un hechicero, y hasta un gran búho.

Una mañana, entró en clase el director y comunicó la desaparición del borrador de la clase de música. Arthur suspiró, aliviado. Se habría esperado algo más importante, como que el edificio estaba en llamas o algo así. No es que se viese mucho al director, solo en grandes ocasiones. Al parecer, se habían tomado aquel caso en serio. Abel no solía tomarse la molestia de ir a clase, por eso sorprendió a todos levantando la mano.

-Sí, ¿Abel?-dijo el director, recolocándose las gafas visiblemente consternado.

Repentinamente, Abel señaló a Arthur y dijo del tirón:

-Yo vi a Arthur coger el borrador.

-¿Es eso cierto, Arthur? Si no, Abel, debes tener en cuenta que esto es algo serio y que acabas de hacer una acusación importante...

Abel asentía como un manso corderito.

-Arthur, haz el favor de abrir tu mochila.-Pidió el director, frunciendo el ceño. Arthur obedeció y sacó, como un mago en medio de una función, el misterioso borrador. Nadie habló. Entonces lo entendió todo. El golpe en la nuca. Esa sonrisa. “Querido, te olvidabas tu mochila...”.

Arthur fue a hablar con el director. Tuvieron una conversación larga, muy larga... Y Arthur estalló. No se había dado cuenta, pero algo había ido cambiando en su interior. Estaba cada vez más cansado y menos dispuesto a afrontar aquello. En aquel preciso instante, la barrera entre su vida y su imposible mundo fantástico cayó. Se dio cuenta de que aquello no era nada imposible. Él podía ser lo que quisiera, vivir su vida y no solo sus sueños.

Arthur sacó muchas conclusiones. Entre ellas, que se puede confiar en los adultos que quieren ayudarnos. Y también, que podemos ayudar a pararlo. Que todo ese tiempo, sus enemigos no fueron solo Abel y sus compinches. Todos los que vieron su sufrimiento, todos los que se limitaron a observar, que se rieron de su cobardía cuando ellos no tenían el valor de intervenir, esas personas, le hicieron mucho daño.

Por último, y quizás la más impotante, que él valía mucho, tanto como todos, y que no debía avergonzarse de demostrarlo.

Ángela Martín (1º ESO C)